

La muerte de Iván Ilich



La muerte de Iván Ilich

Lev Tolstói

Traducción
de
Alexei Smirnov

Ultraherido



Primera edición: marzo de 2024
Título original: *Смерть Ивана Ильича*
Publicado por primera vez por *Нóвый Мйр* en 1886
© de la traducción: Alexei Smirnov, 2024, a partir de edición de
Издательство Наука, Moscú, 1986.
© de la presente edición: Editorial Letraherido, 2023
Avda. Pumarín, 7, Oviedo - 33001
www.editorialletraherido.com
ISBN: 978-84-128337-0-6
Depósito legal: AS 00477-2024
Maquetación y diseño: Ed. Letraherido
Imagen de la cubierta: *Man on bed*, John Register
Impreso en España por Safekat SL

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 - 932 720 447)

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso por escrito de los titulares de sus derechos.

Índice

La muerte de Iván Ilich.....	9
I.....	11
II	27
III.....	41
IV.....	55
V	69
VI.....	77
VII	83
VIII.....	91
IX.....	103
X	109
XI.....	113
XII	119
Posfacio	123

La muerte de Iván Ilich

I

En el gran edificio de los Juzgados, durante un receso en la audiencia del caso de Melvinski, los miembros del jurado y el fiscal se reunieron en el despacho privado de Iván Yegorovich Shebek y la conversación giró en torno el famoso caso de Krasovski. Muy acalorado, Fedor Vasilievich sostenía que no era un asunto de su jurisdicción, Iván Yegorovich decía lo contrario, mientras que Piotr Ivanovich, que no había entrado en la discusión al principio, no decía nada y hojeaba los periódicos que acababan de llevarles.

—¡Caballeros! —exclamó Piotr—. ¡Iván Ilich ha muerto!

—No, ¿de verdad?

—Aquí, léalo usted mismo —respondió Piotr Ivanovich, entregando a Fedor Vasilievich el periódico, todavía caliente de la prensa y oliendo a tinta.

Las palabras estaban rodeadas por un marco negro:

Llena de pesar Praskovia Fedorovna Golovin informa a familiares y amigos del deceso de su amado esposo, Iván Ilich Golovin, miembro del Tribunal Su-

premo, que dejó esta vida el cuatro de febrero de este año de 1882. El funeral tendrá lugar el viernes a la una de la tarde.

Iván Ilich había sido colega suyo y todos le habían tenido cariño. Él había estado enfermo durante varias semanas, padecía una enfermedad considerada incurable. Su puesto se había mantenido libre, pero se consideraba que en caso de que muriera podían nombrar a Alexeyev su sucesor, y Vinikov o Shtable sucederían a Alexeyev. Así que al oír que Iván Ilich había muerto el primer pensamiento de cada uno de los presentes fue el posible efecto que tendría en cuanto a traslados o ascensos, de ellos o de colegas.

«Estoy seguro de que ahora conseguiré la plaza de Shtable, o la de Vinikov», pensó Fedor Vasilievich. «Me lo prometieron hace mucho y el ascenso significa otros ochocientos rublos anuales para mí, además de las dietas».

«Debo solicitar el traslado de mi cuñado desde Kaluga», pensó Piotr Ivanovich. «Mi mujer estará encantada. Ahora ya no podrá decir que no hago nada por sus familiares».

—Yo siempre pensé que nunca se levantaría de la cama —dijo Piotr Ivanovich en voz alta—. Es muy triste.

—¿Qué tenía exactamente?

—Los doctores no lo sabían, bueno, lo sabían, pero cada uno decía una cosa distinta. Cuando lo vi por última vez, me pareció que estaba mejorando.

—Y yo no lo he visitado desde las vacaciones. Siempre pensaba en ir de visita, pero...

—¿Tenía medios?

—Creo que su mujer tenía algo. Pero muy poco.

—Bien, tendremos que ir a verla. Viven muy lejos.

—Quiere decir muy lejos de su casa. Pero todo está muy alejado de su casa.

—¿Han oído eso? ¡Él nunca me perdonará que viva al otro lado del río! —dijo Piotr Ivanovich, sonriendo a Shebek. Y hablando de la distancia de una parte de la ciudad a la otra regresaron a la sala.

Además de los pensamientos sobre los traslados y los posibles cambios en el departamento que probablemente se derivarían del deceso de Iván Ilich, el mero hecho de la muerte de un colega cercano despertó, como es normal, el sentimiento de «mejor él que yo» en todos los que habían llegado a conocerlo.

«Él tuvo que dejarnos y morir, pero yo me las arreglé mejor, yo sigo vivo», sintieron o pensaron cada uno de ellos, mientras que las personas más cercanas a Iván Ilich, sus amigos, no podían evitar pensar en que ahora tendrían que cumplir con las obligaciones extremadamente penosas que imponía la corrección y

asistir al servicio religioso y acudir a dar el pésame a la viuda.

Fedor Vasilievich y Piotr Ivanovich habían sido sus colegas más cercanos. Piotr Ivanovich incluso había sido su compañero de estudios cuando ambos estudiaban derecho y se consideraba en deuda con él.

Después de hablar de la muerte de Iván Ilich con su mujer durante la comida y de decirle que ahora pensaba que era posible trasladar a su hermano a su grupo, Piotr Ivanovich, renunciando a su siesta diaria, se puso la levita y se encaminó a casa de Iván Ilich.

Fuera de la casa de Iván Ilich había un carruaje y dos berlinas. Apoyada contra la pared del vestíbulo de la primera planta, junto al perchero de los sombreros, había una tapa de ataúd con una tela ornada con dorados, cuyos encajes habían sido rejuvenecidos con un polvo metalizado. Dos señoras enlutadas se estaban quitando capas de pieles. Piotr conocía a una de ellas, a la hermana de Iván Ilich, pero la otra era una desconocida para él. Su colega Schwartz estaba a punto de bajar pero al ver a Piotr Ivanovich se paró inmediatamente en la parte superior de las escaleras y le hizo una seña como para decir: «A Iván Ilich le gusta complicar las cosas... No como a usted y a mí».

La cara de Schwartz con sus bigotes estilo inglés y su silueta enjuta en la levita tenía, como siempre, un aire de solemnidad elegante que contrastaba con su

naturaleza alegre; y a decir verdad ese día parecía especialmente alegre, o eso le parecía a Piotr Ivanovich.

Piotr Ivanovich dejó que las señoras lo guiaran y las siguió lentamente escaleras arriba. Schwartz no hacía ningún amago de bajar, sino que esperaba arriba. Piotr Ivanovich sabía por qué: obviamente quería saber dónde iban jugar al *whist* esa noche. Las señoras fueron con la viuda, mientras que Schwartz, con sus labios tersos comprimidos gravemente, pero con una expresión traviesa en la mirada, indicó a Piotr Ivanovich con un movimiento de sus cejas la habitación de la derecha, donde estaba la capilla ardiente.

Piotr Ivanovich entró, sin saber muy bien qué hacer ahí, como no sabe nunca la gente en esas circunstancias. Él solo sabía que santiguarse nunca estaba mal en situaciones como esa. Pero no estaba seguro de si también debía hacer una reverencia, así que tomó el camino del medio: al entrar en la habitación empezó a santiguarse y hacer un movimiento discreto que recordaba a una inclinación. Al mismo tiempo estudió la escena, en la medida en que se lo permitía el movimiento de las manos y la cabeza. Dos hombres jóvenes, sobrinos probablemente, uno un estudiante de instituto, estaban saliendo de la habitación, santiguándose al salir. Una vieja permanecía completamente inmóvil y una dama con las cejas extrañamente arqueadas le estaba diciendo algo entre

susurros. Un cura en levita, resuelto y animado, estaba leyendo algo en voz alta con una expresión que no admitía contradicción. El ayudante del mayordomo, Gerassim, plantándose en frente de Piotr Ivanovich, estaba dispersando algo por el suelo. Al verlo Piotr Ivanovich fue inmediatamente consciente del ligero olor a cuerpo en descomposición. En su última visita a Iván Ilich, Piotr Ivanovich había visto a Gerassim en el estudio, haciendo de enfermero, e Iván Ilich estaba particularmente contento con él.

Piotr Ivanovich continuó santiguándose e inclinando la cabeza en una dirección intermedia entre el ataúd, el cura y las imágenes colocadas en la mesa de la esquina. Entonces, cuando le pareció que ya había hecho mucho tiempo la señal de la cruz con las manos, se quedó quieto y empezó a mirar al finado.

Este yacía de un modo peculiarmente grave, como hacen siempre los muertos, sus miembros rígidos se hundían en el acolchado del féretro, con la cabeza eternamente inclinada en la almohada. La frente ceñuda y lívida, con entradas sobre las sienes hundidas, estaba alzada, al estilo de los muertos, y la nariz prominente parecía presionar fuertemente el labio superior. Estaba muy cambiado y había adelgazado todavía más desde la última vez que Piotr Ivanovich lo vio, pero como pasa siempre con los muertos la cara era más hermosa y, sobre todo, más impresionante

de lo que había sido en vida. La expresión del rostro indicaba que lo que había que hacer se había hecho, y se había hecho bien. Pero también había reproche en esa expresión y una advertencia a los vivos. A Piotr Ivanovich esa advertencia le parecía fuera de lugar, o por lo menos que no tenía nada que ver con él. Le produjo un sentimiento desagradable y se santiguó apresuradamente una vez más, luego se giró y fue a la puerta con demasiada precipitación, de una forma incompatible con el decoro debido, o por lo menos eso le pareció a él. Schwartz lo estaba esperando en el descansillo, de pie, con las piernas muy separadas y sin dejar de manosear con ambas manos el sombrero de copa que sostenía detrás de la espalda. La mera visión de la figura efervescente, acicalada y elegante revivió a Piotr Ivanovich, que pensó que Schwartz estaba por encima de todo eso y no cedería a ningún sentimiento deprimente. Sí, su misma expresión manifestaba que el incidente de un réquiem por Iván Ilich no podía ser en modo alguno razón suficiente para interrumpir el orden normal de las cosas, en otras palabras, que nada podía interferir con abrir y cortar una baraja nueva esa misma noche mientras un lacayo encendía cuatro velas nuevas; de hecho, no había razón para suponer que ese incidente pudiera evitar que pasaran una velada tan agradable como cualquier otra. De hecho, cuando Piotr Ivanovich pasó a su

lado, propuso entre murmullos que se reunieran para jugar una partida en casa de Fedor Vasilievich. Pero aparentemente el destino de Piotr Ivanovich no era jugar al *whist* esa noche. Praskovia Fedorovna, una mujer baja y gorda, que no había dejado de engordar de hombros para abajo, a pesar de todos sus esfuerzos para evitarlo, toda de luto, con un velo cubriéndole la cabeza, y con las cejas extrañamente arqueadas, como las de la dama que estaba de pie junto al féretro, salió de su propia habitación acompañada de otras mujeres y, mientras las conducía a la puerta de la habitación del difunto, dijo:

—El servicio empezará inmediatamente, por favor, entren.

Schwartz, inclinándose vagamente, permaneció donde estaba, obviamente sin aceptar ni declinar la invitación. Praskovia Fedorovna, reconociendo a Piotr Ivanovich, suspiró, se acercó a él, asió su mano y dijo:

—Yo sé que usted era un verdadero amigo de Iván Ilich... —y lo miró, esperando alguna respuesta acorde a sus palabras.

Piotr Ivanovich sabía, tal como había sabido que lo correcto era santiguarse en la habitación, que ahora debía presionar la mano de la viuda, suspirar y decir: «¡Por supuesto que sí!» Y cuando así lo hizo sintió que había conseguido el resultado esperado: él estaba emocionado y ella también estaba emocionada.

—Venga —dijo la viuda—. Todavía no ha empezado. Quiero hablar con usted. Deme el brazo.

Piotr Ivanovich le ofreció el brazo y ambos caminaron hacia una habitación, pasando por delante de Schwartz, que dedicó un gesto compasivo a Piotr Ivanovich.

«¡Adiós a la partida! No se enfade si buscamos a otro jugador. Quizás usted pueda unirse cuando salga de aquí», decía su mirada perpleja.

Piotr Ivanovich suspiró todavía más profunda y desesperadamente y Praskovia Fedorovna le presionó agradecida el brazo. Cuando llegaron al salón, que estaba forrado con cretona rosa e iluminado por una lámpara de aspecto sombrío, se sentaron junto a una mesa, ella en un sofá y Piotr Ivanovich en un diván con los muelles rotos que cedía espasmódicamente bajo su peso. Praskovia Fedorovna había estado a punto de aconsejarle que eligiera otro asiento, pero pensó que un comentario así no se adecuaba a las circunstancias y cambió de idea. Mientras estaba sentado en el diván Piotr Ivanovich recordó cómo Iván Ilich había decorado ese salón y le había preguntado sobre la cretona rosa con las hojas verdes. Toda la habitación estaba llena de cachivaches y muebles y cuando la viuda se dirigió al sofá su falda de encaje negro se enganchó en el borde tallado de una mesa. Piotr Ivanovich se levantó para soltarla y el diván, liberado

de su peso, saltó y lo golpeó. La viuda empezó a soltar la falda de encaje ella misma y Piotr Ivanovich se sentó de nuevo, oprimiendo los muelles rebeldes del diván bajo él. Pero la viuda no podía liberarse y Piotr Ivanovich se levantó de nuevo y el diván se rebeló y saltó con una sacudida. Cuando todo eso pasó ella sacó un pañuelo limpio de cambray y empezó a llorar. Pero el episodio con el encaje y la lucha con el diván habían descolocado a Piotr Ivanovich, que se sentaba con aspecto irritado. Sikolov, el mayordomo de Iván Ilich, interrumpió esa situación embarazosa, cuando entró para informar que el nicho en el cementerio que Praskovia Fedorovna había elegido costaba doscientos rublos. Ella dejó de llorar y, mirando a Piotr Ivanovich con aspecto de víctima, comentó en francés que su situación era terrible. Piotr Ivanovich hizo un gesto silencioso dando a entender que no tenía dudas de que debía serlo.

—Por favor, fume —dijo ella con una voz simultáneamente magnánima y desconsolada y empezó a discutir con el mayordomo la cuestión del precio del nicho para el entierro.

Encendiendo un cigarrillo, Piotr Ivanovich la escuchó preguntar en detalle los precios de los diferentes nichos y finalmente decidir cuál quedarse. Cuando hubo hecho eso ella dio instrucciones sobre el papel del coro. El mayordomo salió.

—Tengo que ocuparme de todo —dijo ella a Piotr Ivanovich, haciendo a un lado los álbumes que había en la mesa y, dándose cuenta de que la ceniza del cigarrillo ponía en peligro la mesa, le dio rápidamente un cenicero, diciendo al hacerlo—: Sería hipócrita de mi parte fingir que mi dolor me impide ocuparme de los asuntos prácticos. Al contrario, si algo puede distraerme, no digo consolarme, es ocuparme de todo lo concerniente al entierro —ella sacó el pañuelo otra vez como si fuera a llorar, pero de repente se agitó, como si luchara con sus emociones, y empezó a hablar serenamente—: Sin embargo, hay algo que quiero decirle.

Piotr Ivanovich se inclinó, manteniendo bajo control los muelles del diván, que habían empezado a temblar inmediatamente bajo su peso.

—Durante los últimos días su sufrimiento fue espantoso.

—¿Sufrió mucho? —preguntó Piotr Ivanovich.

—¡Oh, espantosamente! Al final gritaba, no durante minutos, sino durante horas sin fin. Gritó incesantemente durante tres días y tres noches. Era intolerable. No sé cómo logré soportarlo, usted podía escucharlo a tres habitaciones de distancia. ¡Oh, cuánto he sufrido!

—¿Y durante todo ese tiempo estaba realmente consciente? —preguntó Piotr Ivanovich.

—Sí —suspiró ella—, hasta el final. Él nos dijo adiós una media hora antes de morir e incluso nos pidió que sacáramos a Volodia de casa.

Pensar en el sufrimiento del hombre que él había conocido tan de cerca, primero como un niño jovial, luego como un joven en la escuela y posteriormente, cuando ambos se habían hecho hombres, como compañero de *whist* horrorizó de repente a Piotr Ivanovich, a pesar de la consciencia desagradable de la hipocresía de esa mujer y de la suya propia. Él vio de nuevo ese ceño y la nariz presionando el labio y un sentimiento de horror por sí mismo lo sobrecogió.

«Tres días y tres noches de sufrimiento terrible y luego la muerte. Ay, podría pasarme a mí en cualquier momento, sin previo aviso», pensó él y durante un momento se sintió aterrorizado. Pero inmediatamente, no habría podido explicar cómo, vino al rescate la vieja idea de que le había pasado a Iván Ilich y no a él y que no debía y no podía pasarle a él y que pensar eso podía significar entrar en un estado mental de melancolía, que era un error, como había dejado perfectamente claro la expresión de la cara de Schwartz. Tras esa reflexión Piotr Ivanovich se animó y empezó a preguntar con interés sobre los detalles del final de Iván Ilich, como si la muerte fuera una desgracia a la que solo Iván Ilich era susceptible, pero no él.

Tras describir largo y tendido el horrible sufrimiento físico padecido por Iván Ilich (cuyos detalles Piotr Ivanovich conoció únicamente a través de los efectos que la agonía de Iván Ilich había causado en los nervios de Praskovia Fedorovna), la viuda pensó que había llegado la hora de entrar en materia.

—¡Ah, Piotr Ivanovich, qué angustioso es, qué terriblemente angustioso! ¡Es terrible! —y ella rompió a llorar de nuevo.

Piotr Ivanovich suspiró y esperó a que ella acabara de sonarse la nariz. Cuando lo hubo hecho, él dijo: —Créame...

Pero ella empezó a hablar de nuevo, llegando a lo que era evidentemente el motivo principal por el que quería hablar con él, es decir, preguntarle cómo podía obtener del gobierno una suma de dinero con motivo de la muerte de su marido. Ella hizo que pareciera que estaba pidiendo consejo a Piotr Ivanovich sobre su pensión, pero él pronto se dio cuenta de que ella ya lo sabía todo al respecto, hasta los detalles más nimios, sabía incluso más que él mismo. Ella sabía cuánto podía sacar al gobierno como consecuencia de la muerte de su marido, pero quería averiguar si sería posible conseguir un poco más. Piotr Ivanovich intentó pensar en alguna forma de hacerlo, pero después de ponderar un rato y, por cortesía, criticar al gobierno por su racanería, dijo que

le parecía que no se podía rascar nada más. Luego ella suspiró y empezó inconfundiblemente a buscar algún medio de librarse de su visitante. Dándose cuenta de ello, él dejó su cigarrillo, se levantó, le presionó la mano y salió a la antesala.

En el comedor, donde estaba el reloj que a Iván Ilich le había gustado tanto que lo había comprado nada más verlo en una tienda de antigüedades, Piotr Ivanovich se encontró al cura y a unos pocos conocidos que habían asistido al velatorio; también a una joven hermosa, la hija de Iván Ilich. Estaba toda de luto y su figura fina parecía más fina que nunca. Tenía una expresión melancólica, decidida y casi enfadada e hizo una reverencia a Piotr Ivanovich como si de alguna forma él tuviera la culpa. Detrás de la hija, con el mismo aspecto dolido, había un joven rico, a quien Piotr Ivanovich también conocía, un juez de instrucción. Había oído que estaban prometidos. Se inclinó apesadumbradamente ante ellos. Luego, cuando estaba a punto de entrar en la habitación del difunto, el hijo en edad escolar de Iván Ilich, que se parecía extraordinariamente a su padre, salió de debajo de la escalera. Era Iván Ilich en persona, como Piotr Ivanovich lo recordaba cuando estudiaban derecho juntos. Tenía los ojos rojos de llorar y la mirada clásica de los niños traviesos de trece o catorce años. Cuando vio a Piotr Ivanovich puso un ceño moroso y tímido.

Piotr Ivanovich asintió con la cabeza en su dirección y entró en el cuarto del difunto. El servicio empezó: velas, suspiros, incienso, lágrimas y gemidos. Piotr Ivanovich permaneció de pie mirándose ceñudo los pies. No se miró ni una sola vez el cuerpo, solamente se miró los pies, negándose a dar paso a influencias negativas, y fue uno de los primeros en salir. No había nadie en la antesala, pero Gerassim, el ayudante del mayordomo, salió disparado de la habitación del difunto, revolviendo con sus manos fuertes todas las capas de piel para encontrar la de Piotr Ivanovich y ayudarlo a ponérsela.

—Bien, Gerassim, amigo mío —dijo Piotr Ivanovich, por decir algo—. Es triste, ¿no?

—Es la voluntad de Dios. A todos nos llega la hora —dijo Gerassim, mostrando sus dientes blancos y regulares de campesino, y como un hombre sobrecargado de trabajo abrió la puerta delantera, llamó al cochero, acompañó a Piotr Ivanovich al carruaje y regresó al porche pensando qué era lo siguiente que tenía que hacer.

A Piotr Ivanovich el aire fresco le resultó especialmente agradable después del olor a incienso, muerto y desinfectante.

—¿A dónde, señor? —preguntó el cochero.

—No es muy tarde. Todavía estoy a tiempo de ir a casa de Fedor Vasilievich.

Y Piotr Ivanovich fue allí y justo los encontró acabando la primera ronda. Había llegado en el momento oportuno para jugar una mano.